

ECUMENISMO ROMANO: ENTRE UTOPIA Y REALIDAD*

Roman Ecumenism: Between Utopia and Reality

María José HIDALGO DE LA VEGA

Catedrática de Historia Antigua. Universidad de Salamanca

e-mail: psique@usal.es

Fecha de aceptación definitiva: 24-09-2008

BIBLID [0213-2052(2008)26;47-62]

RESUMEN: Este artículo trata de analizar el ecumenismo romano como una forma de mundialización y, a su vez, sacar a la luz las contradicciones y conflictos que se generaron en el marco de un horizonte utópico que los ocultaba y una realidad que los manifestaba.

Palabras clave: Ecumenismo, Imperio romano, utopía, realidad histórica.

ABSTRACT: This paper reflects on the Roman Empire of a World-wided political system and studies the contradictions and the conflicts developed in this concept.

Key words: Ecumenism, Roman Empire, historic reality.

Oscar Wilde en una de sus obras escribió una frase que consideramos adecuada e ilustradora para comenzar este artículo con ella: «Un mundo que excluya de su horizonte la utopía no merece de ninguna forma ser explorado». Desde esta perspectiva observamos que la utopía aparece como elemento significativo en el horizonte del ecumenismo romano y, por ello, siguiendo al escritor británico, consideramos que merece la pena explorar en sus realidades, contradicciones y espejismos el fenómeno del ecumenismo romano. Obviamente no pretendo en una sola publicación abordar toda la complejidad que el concepto evoca y contiene; tan sólo voy a presentar algunas reflexiones generales del mismo, poniendo de manifiesto algunas cuestiones relevantes sobre lo que los propios autores romanos pensaban sobre dicho concepto, la realidad de sus prácticas políticas y sus ocultamientos¹.

* Este artículo está realizado en el marco del proyecto de investigación HUM 2006-09503, del que soy la investigadora principal.

1. Sobre la idea de este concepto en la Antigüedad, de carácter general, ver KAERST, J.: *Die Antike Idee der Oikoumene*, Leipzig, 1903. Algunas cuestiones han sido tratadas por mí en M.ª José Hidalgo, «Algunas reflexiones sobre los límites del ecumenismo en el Imperio Romano», *Gerión*, 23.1, 2005, pp. 271-285.

Uno de los problemas fundamentales con los que se encuentra el historiador para analizar este fenómeno es el hecho de que las fuentes romanas están llenas de ambigüedades, contradicciones e, incluso, podemos encontrarnos con un uso exagerado y utópico de dicho concepto tanto en el sentido de expansión territorial como político. El ejemplo de los poetas de época augustea es el más significativo. En general, cuando en sus obras poéticas hacen referencia al ecumenismo parece que tratan de profecías y/o utopías en vez de analizarlo como un proceso histórico. Pero esto mismo también aparece en obras históricas o en un tipo de literatura donde, además, la retórica es un plus formalista que rodea a toda la obra literaria.

La ecúmene romana es presentada por los propios romanos como una construcción política, cultural y territorial que abarcaba todo el mundo habitado, *oikouménē*, sobre el que los romanos ejercían una dominación total. Evidentemente en este concepto se expresaba la superioridad de un sistema cultural que proyectaba su hegemonía incluso más allá de sus «límites territoriales» para propagarse a los pueblos que vivían en torno a ellos y convertirse en un sistema cultural universal y, como dice L. Cracco Ruggini², en «un bloque político unitario».

Desde esta perspectiva aparecía como una utopía que se manifestaba siempre en tensión y contradicción con la realidad, pero que actuaba en el imaginario de los romanos y les creaba la conciencia de pertenecer al único mundo que importaba, al más civilizado, amén de ser la única alternativa de futuro de carácter universal. Frente a esta civilización con vocación universalista sólo estaba la barbarie, no con un sello étnico sino cultural; en el sentido de pueblos que vivían fuera de los límites del Imperio y habían permanecido ajenos al proceso civilizador de Roma y no podían ser considerado, por tanto, como plenamente humanos³. Es la *inhumanitas* frente a la *humanitas*, como cultura de elite o civilización.

Los entresijos de este término están muy bien expresados en la descripción que hace Plinio el Viejo del paisaje de Italia:

Una tierra que es nutritora y madre de todas las tierras, elegida por la providencia de los dioses para llevar a cabo lo más glorioso, unir imperios, moderar los ritos, atraer hacia sí en mutua comprensión por la comunidad de lenguaje las lenguas trepidantes y toscas de muchas naciones, ofrecer a la humanidad humanitas, y en una palabra llegar a ser a lo ancho de todo el mundo la simple patria de todos los pueblos (H.N. III, 5.39).

Además de Plinio, Estrabón inscribe su *Geografía* en una visión universalista, que recoge perfectamente el ideal universal augusteo. Es muy expresivo el pasaje en que escribe:

La escena de nuestras acciones viene determinada por la tierra y el mar que habitamos; [...] a grandes acciones, grande escena; siendo la mayor de todas la escena total que llamamos propiamente mundo habitado (*oikouménē*), de modo que ésta sería la escena de las acciones más grandiosas; los mejores jefes de guerra son, en consecuencia, los que ejercen su poder en la tierra y en el mar, congregando pueblos y ciudades en un solo imperio, gobernado por las mismas estructuras políticas (I, 1, 16).

Para el geógrafo la ecúmene era considerada un mundo estable bajo el dominio romano: es toda la tierra habitada bajo el poder protector de Roma. Por otra parte, en su obra se

2. «L'ecumenismo político nel IV secolo d.C., in Oriente e in Occidente», en AIGNER FORESTI, L.; BARZANO, A.; BEARZOT, C.; PRANDI, L. y ZECCHINI, G. (eds.): *L'ecumenismo politico nella coscienza dell'Occidente*. pp. 383-396, esp. 383.

3. CRACCO RUGGINI, L.: «L'ecumenismo», p. 388.

entremezclan el «espacio» de la geografía y el «tiempo» de la historia; es decir de la cultura de cada uno de los pueblos considerada como elemento de enlace y unión entre el ambiente natural y el establecimiento humano⁴. Evidentemente este proceso cultural, según concepción estraboniana, no anula el carácter violento y expansivo del mismo, aunque pretenda suavizarlo.

Por tanto, etnocentrismo y barbarie son dos aspectos diferentes pero complementarios de la construcción política, espacial e ideológica que se plasma en el concepto ecumenismo romano. En el mismo los romanos se sitúan desde el punto de vista espacial como los poseedores de las mejores partes de la geografía, estaban en el centro del mundo, con lo que los demás pueblos asentados en zonas distantes de «este centro del universo» quedan marginados, degradados y considerados como «los otros»⁵. Son gentes que no cuentan para nada en el proceso histórico, idea que está perfectamente justificada en Apiano (*pref.* 7) y expresa la actitud romana de su época (Antonio Pío) al decir que:

Los romanos, a pesar de que poseen lo mejor del mar y de la tierra, prefieren conservar su imperio (αρχη) por medio de la prudencia a extenderlo de modo indefinido sobre tribus bárbaras pobres y nada provechosas. De éstas he visto algunas embajadas en Roma que se ofrecían como vasallos, pero el emperador no quiso aceptar a unos hombres que no iban a ser útiles en absoluto. A otros pueblos, incontables por su número, les han proporcionados reyes sin someterlos a su imperio y, en algunos otros sometidos, se gastan más de lo que reciben de ellos, porque consideran una deshonra el rechazarlos, aun cuando les resultan gravoso⁶, [aludiendo claramente a Britania].

Roma se erige así en la potencia universal civilizadora del mundo, sobre el que extiende su *humanitas*, ocultando lo que no es más que una dominación política e ideológica y lingüística en el marco del mismo imperialismo romano, y soslayando que al otro lado de este *limes* quedaban pueblos indígenas no sometidos a la acción dominadora romana. Pueblos que mantienen sus lenguas y sus formas de vida culturales y tecnológicas, y que en el transcurso de los siglos muchos de ellos cruzarán las fronteras para instalarse en territorios romanos como inmigrantes autorizados y muchos serían enrolados en las tropas imperiales. Finalmente las invasiones de los pueblos bárbaros conseguirán ver reconocida su posición dentro del Imperio, a raíz de las victorias sobre Roma, facilitadas por las propias divisiones y luchas internas en el seno de la sociedad imperial, más graves que el propio conflicto de las *externae gentes*⁷.

En el concepto teórico de ecumenismo político antiguo está implícito una serie de temas y aspectos de gran complejidad como la unidad de la humanidad en el pensamiento antiguo, la idea de desarrollo, progreso y evolución, prácticas de integración, pero también es un concepto que implica conquista de territorios, pueblos y sociedades, además de

4. CASSIA, M., «Popoli, paesi e potere nella *Geografia* di Strabone», *Med. Antic.*, VII.2, 2004, pp. 881-891; MASTINO, A., «Orbis, kosmos, oikoumene», en *Popoli e spazio romano tra diritto e spazio romano e profezia. Atti III Semin. Internazionale*, Napoli, 1986, pp. 63-162; últimamente, R. HINGLEY, «Globalizing Roman culture. Unity diversity and empire», *Routledge*, Londres-Nueva York, 2005, pp. 1-14, 40-49, 50-81.

5. SCHEPPENS, G., «Between Utopianism and Hegemony. Some Reflections on the Limits of Political Ecumenism in the Graeco-Roman World», en *L'Ecumenismo politico.*, pp. 117-148, esp. 144; Cl. NICOLET, *L'inventaire du monde. Géographie et politique aux origines de l'Empire Romain*, Fayard, París, 1988.

6. Sobre este pasaje cfr. MILLAR, F., *Britannia* 13, 1982, pp. 112 ss.

7. FONTANA, J., *Europa ante el espejo*, Barcelona, 1994, p. 23.

establecer actitudes complejas y contradictorias con los bárbaros conquistados y no conquistados, prácticas de exclusión, relaciones interestatales, etc.⁸. Expresa dominio, hegemonía, formas de gobiernos autocráticos y autoritarios, exclusión, discriminación y rechazo de diversas formas de alteridades y sus manifestaciones.

Es, pues, una elaboración teórica-ideológica que idealiza su proyecto político-expansivo, presentando las excelencias del mismo en sus objetivos de inclusión, integración y cohesión, pero ocultando sus contradicciones y prácticas de exclusión. Es verdad que en el s. II, época de gran estabilidad interna, se desarrolló un consenso en la sociedad romana, conseguido a través de un proceso de integración y asimilación a nivel económico y social y cultural (sobre todo de las elites) que tuvo su máxima expresión en la *Constitutio Antoniniana* que concedía la ciudadanía a todos los habitantes del Imperio por medio de una fórmula que traduce la latina *salvo iure gentis*⁹. Aunque el alcance real de esta disposición era limitado, no se incluían a los *dediticii*, su significación simbólico-ideológica fue inmensa en el sentido de proyectar una apariencia de igualdad entre todos los súbditos en torno a la ciudadanía, que se proyectaba también con carácter universal aunque no lo fuera.

Estas políticas de consenso llevaron al convencimiento por parte de los romanos de que existía una distinción clara entre los ciudadanos romanos y el resto de los pueblos al otro lado del *limes* del Imperio. En este contexto es en el que se entiende plenamente las propuestas descriptivas y propagandísticas de los autores griegos contemporáneos como: Apiano, Elio Arístides y otros.

En la elaboración teórica del concepto ecumenismo jugaron un papel relevante las ideas elaboradas por el cinismo y el estoicismo que en su presupuesto de «unidad de la humanidad» se basó el concepto más antropológico de la «idea ecuménica». Todo ello sirvió de base para la construcción durante el helenismo de la unión entre ese mundo global, teorías cosmogónicas y la práctica política de la conquista de Roma del Mediterráneo¹⁰. En cierto sentido y según la visión de los autores griegos (Polibio, Dionisio de Halicarnaso, Plutarco y los sofistas del s. II) el ecumenismo romano significaba al mismo tiempo la expansión del helenismo a los confines del mundo¹¹. Hay que tener presente que para los griegos (DH I, 89, 3; 90,1 por ejemplo)

8. BALDRY, H. C.: *The Unity of Mankind in Greek Thought*. Cambridge, 1965; KAJANTO, I. (ed.): *Equality and Inequality of Man in Ancient Thought*. Helsinki, 1984; SCHOFIELD, M.: *The Stoic Idea of the City*. Cambridge, 1991; KHAN, H. A. (ed.): *The Birth of the European Identity: The Europe-Asia Contrast in Greek Thought 490-322 b.C.* Nottingham, 1994; DAUGE, Y. A.: *Le Barbare. Recherches sur la conception romaine de la barbarie et la civilisation*. Bruxelles, 1981; CRACCO RUGGINI, L.: «Culture in dialogo: la preistoria dell'idea di Europa», en *Storia di Roma*, vol. 3, MOMIGLIANO, A. y SCHIAVONE, A. (eds.): Turín, Einaudi. 1993, pp. 351-368.

9. Esta fórmula, que aparece en la *Tabula Banasa* del s. II d.C., ha ayudado a reconstruir la aparecida en el *Papyrus Giessen 40*, que contiene la *Constitutio Antoniniana de civitate* Cfr. MAZZARINO, S.: *Trattato di storia romana*, vol. 2. *L'Impero romano*, Roma, 1962 (2.ª ed.), pp. 397 y ss.; SHERWIN WHITE, A. N.: «The *Tabula of Banassa* and the *Constitutio Antoniniana*». *JRS* 63, pp. 86-98. Sobre la ciudadanía romana en general y su uso por los romanos como instrumento jurídico de inclusión, exclusión y neutralización política, ver últimamente GARCÍA FERNÁNDEZ, E.: «Ciudadanía e imperio», *Gerión*, vol. extra: *El legado de Juan Cascajero*. 2007, pp. 311-321.

10. SCHEPENS, G., «Between Utopianism and Hegemony. Some reflections on the Limits of Political Ecumenism in the Graeco-Roman World», en *L'Ecumenismo politico...cit.*, p. 123 y n. 13; BALDRY, H. C., *The Unity of Mankind in Greek Thought*. Cambridge, 1965; KAJANTO, I. (ed.): *Equality and Inequality of Man in Ancient Thought*. Helsinki, 1984; SCHOFIELD, M.: *The Stoic Idea of the City*. Cambridge, 1991; KHAN, H. A. (ed.): *The Birth of the European Identity: The Europe-Asia Contrast in Greek Thought 490-322 b.C.* Nottingham, 1994.

11. PIERAT, M.: «La place de Rome dans la vision culturelle de Pausanias d'après le livre II», en *L'Ecumenismo politico... cit.*, p. 306.

Roma aparece como el primer imperio universal generador no de opresión como las monarquías helenísticas sino de libertad por medio de la extensión de la *ciuitas* y la adquisición de la ciudadanía. Proceso que culminaría en la *Constitutio Antoniniana*, anteriormente citada.

Estas reflexiones teóricas y prácticas políticas se habían ido desarrollando en relación con el establecimiento del principado y la concentración de todos los poderes republicanos en manos de una sola persona: Augusto. En este escenario al que se llegó después de un período de relaciones conflictivas, tuvo lugar un consenso *universorum* que se revela como lo más significativo, aunque a su vez anula la oposición y las críticas realizadas por ciertos autores en sus obras y que posiblemente fueron censuradas y apenas tenemos referencias de ellas en la tradición literaria existente.

Sin embargo, hay que poner de manifiesto que desde época republicana los romanos tenían la idea de querer establecer un imperio mundial, que se presentaba como gobierno de la ecúmene¹². Era la concepción dinámica de un proceso de expansión y ampliación territorial que se desarrolló en los círculos aristocráticos cercanos al estoicismo en época de Escipión Emiliano, que consideraban como misión histórica de Roma el lograr la unificación política de la comunidad de hombres «racionales»¹³, con lo que se justificaba sus prácticas de conquista. Los grandes jefes militares posteriores continuaron por el mismo sendero marcado y fueron considerados, bien «dueño del mundo», en el caso de Sila a su regreso de Oriente, o *kosmókratōr* en el caso de Pompeyo a raíz de sus triunfos en el 61 a.C., en una representación realizada en el Campo de Marte, sosteniendo el globo terráqueo, símbolo de dominio universal, o en el caso de César, que sólo pensaba en el ecumenismo durante las campañas contra los partos, y al que el Senado le dedicó una estatua en el Capitolio, representado en su carro triunfal sobre una imagen de bronce de la ecúmene¹⁴.

En este sentido, Polibio¹⁵ (*pref.* I 3.3-4; 4.1-2 y los libros III y VI) al hablar de la preeminencia de Roma frente a las hegemonías pasadas y su concepción del universalismo, considera que se erige como algo completamente actual el proceso de creciente interdependencia de todos los pueblos y naciones, sometidos a la suprema autoridad del estado romano. Evidentemente su afirmación tiene un acento político más que geográfico y está sintetizado en el concepto polibiano de la *συνπλοκή*, analizado por tantos historiadores contemporáneos¹⁶.

Incluso este proceso universalista tiene un referente anterior. Plutarco consideraba que fue Alejandro el que plasmó en la práctica política la utopía desarrollada en la *Politeia* de Zenón sobre la unidad de las comunidades bajo un sistema legal propio y una forma de vida y una ley comunes. Por tanto, la mitología helenística elaborada en torno a las conquistas y hazañas alejandrinas fueron un claro referente y una fuente continua de inspiración para la práctica expansiva romana y para la elaboración ideológica del ecumenismo en época augustea.

12. SCHEPENS, G.: «Between Utopianism», en *L'Ecumenismo politico... cit.*, pp. 117-148.

13. KAERST, J.: «Scipio Aemilianus, die Stoa und der Prinzipat», *Neue Jahrbücher für Wiss. Und Jugendbild*, V, 1929, pp. 653-675.

14. ARNAUD, P.: «L' image du globe dans le monde romain», *MEFRA*, 1984, pp. 53-116; M. LE GLAY, *Grandeza y caída del imperio romano*, Madrid, 2002, p. 92.

15. PÉDECH, P.: *Méthode historique de Polybe*, París, 1964, pp. 119, 497, 509; F. WALBANK, *A Historical Commentary on Polybius*, Oxford at Clarendon Press, 1970, pp. 40-43, 48-49, 51-52, 72-73, 191-192, 360; J. FONTANA LÁZARO, «Lectura de Polibio por y para un profano», en HIDALGO, M. J. (ed.): *Homenaje a Marcelo Vigil*. Salamanca, 1989, pp. 303-313.

16. WALBANK, F. W.: «Symplōke: Its Role in Polybius' Histories», *YCIS* 24, 1975, pp. 197-212.

Pero no será hasta Augusto cuando se lleve a efecto la realidad del ecumenismo de manera consolidada y relacionada con la *pax Augusti* y con el nacimiento de una nueva Roma y de una nueva era. La fundación de este Imperio como régimen político, en algunos aspectos, pretendía ser el heredero del Imperio alejandrino y continuador de su programa civilizador y conquistador, aceptando la helenización cultural para facilitar que el bárbaro quisiera integrarse en las estructuras del Imperio romano.

Los textos que en época de Augusto celebran y elogian el Imperio romano como un estado universal, que extiende su dominio y hegemonía por todo el mundo (*orbis terrarum*), ofreciendo una patria común (*patria comunis*) para todo el género humano, son muy numerosos y surgen tempranamente¹⁷. La ideología augustea del ecumenismo romano, que aparece reflejado en su propio testamento, las *Res Gestae*, y en otro documento como el *Breviarium totius imperii* (Tac. *Ann.*, 1.11: Suet. *Aug.*, 101; DC 56. 33), es producto de un largo trabajo teórico y político que, como antes hemos referido, hunde sus raíces en el período helenístico de conquistas.

En el preámbulo de la *Res Gestae divi Augusti*¹⁸ ya se expresa el carácter ecuménico de su monarquía con cierta teorización y uso del léxico político: *Rerum gestarum divi Augusti, quibus orbem terra(rum) imperio populi Romani subiecit*. Por su parte, Ovidio (*Fasti*, I, 7.18) dice que una tierra que no tema a Roma puede llegar a amarla, y en (*Fasti*, II 683-84) manifiesta: *gentibus est aliis tellus data limite certo: Romanae spatium est urbis et orbis idem*. En la iconografía de las monedas este símbolo universalista se expresaba por medio de un globo terráqueo o bien celeste, como expresión del cosmos en su totalidad¹⁹.

A los ojos de los romanos esto podía parecer una exageración simplemente, pero el meta-lenguaje de la frase expresaba la posibilidad de avanzar hacia una total dominación del mundo conocido. Lógica natural derivada del desarrollo histórico de la expansión romana en época republicana. Era simplemente «el orden natural de las cosas»²⁰.

Esta idea de «Imperio sin límites» que impide a los romanos reconocer que existe otro mundo, una alteridad diferente, será un tema clave en la *propagatio Romani imperii* y en la *dominatio gentium barbarorum* desde la época de Augusto a la de Septimio Severo e incluso continuará hasta la época del rey ostrogodo Teodorico, que será aclamado en España», en las inscripciones imperiales como *propagator Romani nominis, propagator gentium* (CIL X 6850= ILS 827). La ideología de la clase dominante romana, en esta época tardía, se enrocaba en los mismos presupuestos y valores tradicionales de la superioridad romana sin querer reconocer la realidad de un proceso histórico en el que en este período se apreciaba ya una coexistencia con los pueblos que se establecían en los bordes del imperio²¹.

En otro orden de cosas, nunca hasta época augustea se habían confundido las nociones del imperio romano y del imperio universal, a pesar de que J. Gagé²² afirmase que el concepto de

17. *Rbet. Ad Herenium*, IV. 13: *Imperium orbis terrarum, cui imperio omnes gentes reges nationes... consenserunt*; Plin., *Hist. Nat.*, III, 40: *Italia una cunctarum gentium in toto orbe patria*; Virg. *Aen*, I, pp. 278 y ss. y los demás poetas augusteos.

18. BRUNT, P. y MOORE, J.M. (eds.): *Res Gestae divi Augusti*, Oxford University Press, 1967, p. 18.

19. AUJAC, G.: «L'image du globe terrestre dans la Grèce ancienne», *Rev. Hist. Sc.*, (1974), p. 193; NICOLET, Cl.: *op. cit.*, pp. 50 y ss.

20. MANN, J. C.: «The frontiers of the Principate» *ANRW II.1*, 1974, pp. 508-533, esp. 509.

21. DAUGE, Y. A.: *Le Barbare...* cit., pp. 308 y ss.; THOMPSON, E. A.: *Roman and Barbarians: the decline of the western Empire*. Madison, 1982, pp. 230 y ss.; WHITTAKER, C. R.: «Le frontiere imperiali», en *Storia di Roma... cit.*, pp. 369-425; LO CASCIO, E.: «Impero e confini nell'età di Principato», en *L'Ecumenismo politico... cit.*, pp. 333-348.

22. *Rev. Hist.*, 1936, pp. 34 y ss.

imperio universal es congénito al de imperio romano como régimen político, y que de Roma nos ha llegado el término *imperium* con su doble acepción, política y territorial. Aunque hay que resaltar que en el pensamiento romano el término territorial tenía un sentido distinto al nuestro. Lo que se expresaba eran los pueblos sometidos a Roma más que límites territoriales estatales.

El propio Augusto lo formula al explicar su expansión: *Omnium provinciarum populi romani, quibus finitimae fuerunt gentes quae non parerent imperio nostro, fines auxi* (*Res Gestae*, 26). Además consideraba que formaban parte del imperio, tanto los «reyes-clientes», a los que describía como *membra partisque imperii* (Suet. *Aug.* 48) y tenían que reconocer la hegemonía romana, como a los propios bárbaros²³. Otros pasajes de la *Res Gestae* (28-33) sugieren que Roma había adquirido algún tipo de soberanía o hegemonía sobre pueblos en la Germania del otro lado del Danubio, al sur de Rusia y el Cáucaso, incluso en Irán e India²⁴.

Esa misión de conquistar y dominar, pero también de pacificar y organizar el mundo entero viene sancionada por la voluntad divina, que es la que asigna a Roma esta empresa. Así lo expresa Virgilio (*En.* VI, 851) en esta frase: *Tu regere imperio populos, Romane, memento*. Roma imperial tiene en sus manos el destino del género humano por la *Providentia*, representada como inmanente en sus gobernantes²⁵. Este poder concedido por la divinidad no tiene restricciones y estará en manos de la *gens togata* y llegará a ser un *imperium sine fine* (Virg. *En.*, I 278-79). Por eso el poeta asegura, sin duda alguna, que el emperador Augusto extenderá su poder más allá de los Garamantes y los Indos (*En.* VI 794-95: *super Garamantes et Indos/ proferet imperium*). Sólo era cuestión de tiempo la ocupación y dominación del *orbis terrarum*.

El uso repetido de términos que expresan los confines de la ecúmene configura la imagen de una Roma que detenta y ejerce el poder universal a través de un sistema estatal monárquico que se extiende a ámbitos geográficos del orbe no controlados por Roma militarmente, pero sobre los que ejerce estrategias diplomáticas, como recepción de huéspedes y de embajadas procedentes de pueblos remotos, realización de tratados comerciales con ellos y firmas de *foedera* con pueblos amigos y enemigos. Estas circunstancias hacían que en muchas ocasiones no fuese necesario ocupar más territorios. Por eso, Estrabón explica de manera lúcida que no es necesario ocupar Britania, ya que «los jefes locales han hecho virtualmente de toda la isla una posesión de Roma» y más adelante declara que «sería peligroso usar la fuerza militar» (*Geog.*, IV, 5.3 (200 y ss.)). Esta idea también aparece en las *Res Gestae* 29-33 o en las propias palabras de Apiano anteriormente referidas²⁶.

Este proceso material tiene expresión y legitimación a nivel simbólico, por el hecho de que se propaga en el imaginario colectivo a través de una serie de ceremoniales repetitivos y de símbolos que forman parte del «paisaje iconográfico»²⁷ de Roma como *Urbs*, que se reproducen de forma repetitiva en todas las ciudades imperiales, y de *Urbs* como *Orbis*.

23. Suet. *Aug.*, 22, 2: *Tantum afruit a cupiditate quoquo modo imperium vel bellicam gloriam augendi, ut quorundam barbarorum principes in aede Martiis Ultoris iurare coegit mansuros se in fide ac pace quam peterent*.

24. BRUNT, P. A.: *Roman Imperial Themes*. Oxford- Clarendon Press, 1990, p. 436.

25. CHARLESWORTH, M.P.: «Providentia». *Harv. Tb. Rev.*, 1936, pp. 107 y ss.

26. CRESCI MARRONE, G.: «La conquista ecuménica in età augustea: voci di consenso e dissenso», en *L'ecumenismo politico...*, cit., p. 307, n. 4; EADEM, *Ecumene Augustea. Una politica per il consenso*. Roma, 1993.

27. CRESCI MARRONE, G.: «La conquista ecuménica...», p. 308; ZANKER, P.: *Augusto y el poder de las imágenes*. Madrid, pp. 270-274.

Las expresiones usadas por escritores imperiales identificando el *orbis romanus* con el mundo no se adecuaban a esa realidad, pero los romanos actuaban como si lo fueran. El título de Roma como dominadora universal quedaba intacto y así aparece en las monedas con el símbolo del globo terráqueo. Augusto era considerado como el *pater, vector, custos* del *orbis terrarum* y posteriormente Adriano se convertiría en su *restitutor*. En síntesis todos los emperadores incluidos los del Bajo Imperio serían considerados salvadores del género humano²⁸.

De esta forma se produce un uso ideológico-político del espacio geográfico del *orbis terrarum* con el objetivo de armonizar e identificar el *imperium romanum* con la ecúmene como objetivo utópico de su proyecto. A pesar de todo y aunque en pocas ocasiones lo manifestaban, los romanos eran conscientes de esta no adecuación entre la reflexión teórica y la realidad, con lo que para justificar la no coincidencia fueron elaborando la idea de que la ecúmene era en realidad la zona mejor del universo, los territorios más productivos y los mejores del mundo, mientras que lo que estaba fuera de este mundo eran zonas marginales, inhóspitas, sin recursos, poco propicias para ser habitadas con *humanitas* (civilización), sus habitantes eran nómadas que vivían en unas condiciones de vida propia de la *barbarie* frente a la *civilitas* y, por tanto, poco atractiva para ser conquistadas. Es lo que aparece claramente en el *prefacio* de Apiano, en la *Geografía* de Estrabón e incluso en el discurso de Aristides *Elogio a Roma* y en Dion Casio (50, 24.3)²⁹.

Así el abuso ideológico del vocablo *oikoumene*, justificado con lo anteriormente dicho, intentó convertir la utopía del mismo en una realidad, hasta el punto de que Apiano declara que «su límite es el océano, tanto por donde sale el dios del sol como por donde se pone» (*pref.* 9) y Antípatro de Tesalónica (2 d.c) en ese afán desmedido de considerar a Roma como lo mejor, exhorta a Gayo César a aceptar la sumisión espontánea de los partos, que vienen con las cuerdas de los arcos distendidos o aflojados poniendo así el sol naciente como símbolo del confín de la ecúmene³⁰. Sin embargo, en realidad lo que se pone de manifiesto es que una expansión infinita y sobre esos pueblos «indómitos» sería muy difícil de que tuviera éxito, además de los costes económicos que suponían las campañas militares. Por tanto, no son razones morales las que aconsejan el *statu quo* sino consideraciones económicas y financieras³¹.

Tal vez Augusto, a pesar de su carácter expansionista, ante el fracaso del ataque de Varo (9 d.c) contra los germanos, comprendió la dificultad de una conquista infinita por medio de una guerra sin fin y aunque propagaba en su texto testamentario que había sometido el mundo al Imperio romano, aconsejó a Tiberio, según Tácito, un precepto clave que era «no salir de las fronteras del Imperio», *consilium coercendi intra terminos imperii*, consejo seguido por Tiberio, aunque anexionara los reinos de Capadocia y Comagene, pero no respetado por sus sucesores³². Posiblemente, el mayor conocimiento geográfico que los romanos iban adquiriendo a partir del siglo II, mostrando que había muchas más tierras o territorio en África más allá del Sahara o incluso en Asia más allá del Caspio, superando los límites geográficos establecidos

28. BRUNT, P.: *Roman Imperial...*, p. 477.

29. Estrabon, *Geogr.* XVII,3,24 (839); V, 4.2 (288); Phil., *Leg ad Gaium*; Ap. *pref.* 5-7; DC 50, 24.3.

30. CRESCI MARRONE, G.: «La conquista ecuménica...», p. 309.

31. ISAAC, B.: *The Limits of the Empire: The Roman Army in the East*. Oxford, 1990, pp. 388-389.

32. El mensaje augusteo es recogido por Edward Gibbon al comienzo del primer volumen de su *Historia de la decadencia y ruina del Imperio Romano*, publicada en 1778, en donde señala que los imperios sólo duran en la medida en que sus gobernantes tienen cuidado de no extender excesivamente sus fronteras. Además consideraba que los enemigos de Roma estaban en su interior.

por Estrabón, pudieron influir en esta actitud expansionista de emperadores posteriores, como expresa J. C. Mann³³.

Pero además de ese mayor conocimiento geográfico, hay que considerar también el deseo de honor, triunfo, gloria y justificación política de los emperadores, que en muchos casos se antepusieron a las dificultades referidas y se traspasaron las fronteras augusteas. Claudio eligió Britania como el territorio más propicio para obtener una victoria militar y, por tanto, alcanzar el triunfo y la gloria. Alardeaba de la gloria de extender el imperio más allá del Océano, algo inaudito por falso. El mismo Suetonio, secretario imperial, no tiene ningún reparo en admitir dichas razones para la conquista de Britania (*Vita Claudii* 17,1-3: *Cum ... vellet iusti triumphi decus, unde acquireret Britanniam potissimum elegit...*) = «como deseaba el honor de un triunfo auténtico, eligió con preferencia Britania para poder obtenerlo de ella [...] y celebró el triunfo con gran suntuosidad». Con respecto a la campaña de Domiciano contra los Chatti el autor se pronuncia en términos similares. Dice que no hizo caso de los consejos de los *amici* de su padre y organizó una campaña militar contra ellos para obtener el mismo poder y *dignitas* que su hermano Tito (Suet. *Vita Domit.* 2.1)³⁴.

En esta línea de actuación hay que enmarcar las guerras dácicas desarrolladas por Trajano «para la dignidad del *imperium*» o que «trae una gloria sólida y de verdad», como dice Plinio³⁵, que no era precisamente partidario de expediciones militares. De todas formas los beneficios económicos que obtendría Roma de las minas de oro de los dacios serían el motivo fundamental de la conquista y no puede explicarse ni justificarse con la idea de que servía para defender las provincias danubianas, como interpreta Luttwak³⁶. Eutropio (VIII, 6) considera que incluso Adriano había pensado abandonarla y que Marco Aurelio encontraba difícil de mantenerla. Como sabemos fue la primera provincia en ser abandonada una vez que Roma comenzó a sufrir la gran presión de las *gentes externas*, durante el reinado de Aureliano, emperador que se vanagloriaba tanto de ser el «restaurador del imperio» y a pesar de ser una provincia que tantos recursos aportaba a Roma.

También las campañas trajaneas contra los partos estarían organizadas para mayor «gloria» y «honor» suyo y con cuya «victoria» pensaba que su posición en el trono estaría mejor asegurada³⁷. Los autores antiguos sólo citan como motivo de las mismas su deseo de gloria militar y fama (*doxa*) y la emulación de Alejandro (Dión Casio LXVIII, 17.1, 29). Pero Trajano posiblemente también pensaba conseguir, con una posible victoria, el control de la «frontera del este» y de las lucrativas rutas comerciales de la zona oriental³⁸. Trajano llegó hasta el golfo pérsico y trataba de alcanzar los valles del bajo Eufrates y Tigris, difíciles de mantener a no ser que hubiera podido anexionar y someter el reino parto en su totalidad y convertirlo en reino vasallo. Acción utópica y falsa que aparece en monedas trajaneas con las

33. «The frontiers of the Principate», *ANRW* II.1, pp. 508-531, esp. 512; ID.: «Power, force and the frontiers of Empire», *JRS*, 69, 1979, pp. 175-183.

34. *Vita Domit.* II.1; VI.1; cfr. SYME, R., *CHA* XI, pp. 162-64

35. *Pan.* 17, 4: *Meruisti proximas moderatione, ut quandoque te vel inferre vel propulsare bellum coegerit imperi dignitas, non ideo vicisse videaris ut triumphares, sed triumphare quia viceris.* También *Pan.*, 16, 1-2: *Sed tanto magis praedicanda est moderatio tua quod innutritus bellicis laudibus pacem amas ... ex occasione omni quaeris triumphos;* y 12.2: *Accipimus obsides ergo, ... rogant, supplicant; largimur, negamus, utrumque ex imperii maiestate...*

36. LUTTWAK, E. N.: *Grand Strategy of the Roman Empire from the first century A.D. to the Third.* Baltimore, London, 1979, pp. 97-104.

37. MANN, J. C.: *The frontiers*, p. 511.

38. BRUNT, P.: *Roman Imperial*, p. 441.

leyendas de REX PARTHIS DATUS y TRAIANUS PARTICUS. La realidad era contundente y el fracaso no pudo ocultarse. A pesar de todo, estas prácticas expansionistas tuvieron una influencia a nivel interno y coincidió con su proclamación por parte del Senado como *Maximus Optimus Princeps*.

Ante el fracaso de tal política autores contemporáneos consideran que la descabellada decisión posiblemente estuvo condicionada por una merma de facultades psíquicas provocada por su incipiente enfermedad, en un intento de racionalizar tal comportamiento³⁹. Pero sabemos que esta concepción «quasi-utilitaria», como dice Brunt⁴⁰, de la racionalidad era ajena al pensamiento greco-romano.

Hay que pensar que conceptos «ideológicos» como la gloria y la fama eran objetivos individuales pero entraban de lleno en la ideología de estado. *Laus (dignitas, gloria) imperii* era un ideal que los romanos de bien debían conseguir. No hay que olvidar que los romanos pensaban que los dioses les habían ordenado gobernar sobre todos los pueblos. Por tanto, debían hacer realidad esta orden como base fundamental para un estadista patriótico. Adriano al llegar al trono, a pesar de ser un gran militar, hacía ostentación de su rechazo a la expansión ilimitada del imperio, decidió abandonar las adquisiciones de Trajano en el este y optó por volver a la situación anterior, dada las dificultades en mantener estos territorios donde se iban extendiendo revueltas continuas difíciles de controlar. Esta política fue continuada por su heredero Antonio Pío.

La *Historia Augusta* expresa que Marco Aurelio intentó organizar nuevas provincia en el norte. Posiblemente no sea verdad esta afirmación, dada la mala reputación historiográfica de esta fuente, pero Dión Casio (71, 20-21) sin pronunciarse de manera clara y hablando sólo de confiscación de tierras a los Quados, dice que Marco Aurelio habría sometido toda la región del Norte si hubiera vivido más tiempo. Todo ello a pesar de que los estados clientes y aliados como los Marcomanos, Quados e Iazyges eran ya considerados parte del Imperio. Cómodo, sin embargo, no quiso hacer caso de los consejos del *consilium principis* de su padre y en lugar de concluir esta situación satisfactoria para los romanos destruyendo a los Marcomanos, retiró al ejército y optó por abandonar las conquistas de Marco Aurelio entre los germanos (DC 72, 1-3). Posiblemente la situación real de la guerra era peor para los intereses romanos de lo que Dión Casio expresa y prefirió utilizar la diplomacia para poner fin a la guerra⁴¹.

A medida que cesaba la expansión, las áreas bajo control romano se fueron organizando como provincias con una administración uniforme. En el transcurso de los siglos I-II d.C. los reinos clientes se fueron convirtiendo en territorios provinciales. En estas circunstancias los límites dejaron de ser tan vagos y se fueron definiendo más sobre el terreno, para poder establecer contactos interzonales, pero también para ejercer un mayor control político sobre esas zonas y evitar contactos directos entre elementos disidentes y hostiles de uno y otro lado de «la raya», que supusieran peligros para la *pax romana*. De esta forma se hizo también más visible «el bárbaro» y el *barbaricum* a ojos de los romanos, hasta el punto de que la acción de estos pueblos indígenas asentados en esta zona influyó en la formación de los propios límites fronterizos.

39. LEPPER, F. A.: *Trajan's Parthian War*, 1948, parte II, esp. cap. XII; LIGHTFOOT, C. S., «Trajan's Parthian War», JRS 80, 1990, pp. 115 y ss.

40. *Roman Imperial*, p. 441.

41. BIRLEY, A. R.: *Marcus Aurelius: A Biography*. Londres, 1987 (1.ª ed. 1966), pp. 183-85; GRANT, M.: *The Antonines*. London-New York, 1994, pp. 60-62; 182-183.

Para los romanos los límites son claramente los que separan las provincias unas de otras y en relación con las competencias que tenían los gobernadores republicanos, pero nunca están considerados como fronteras del Imperio o delimitación de la influencia y la esfera de acción de Roma. Bajo el principado las citas sobre las fronteras del Imperio son muy abstractas y ambiguas. Tácito (*Agric.* 41,2) alude a los límites del Imperio y dice: *nec iam de limite imperii et ripa, sed de hiberniis legionum et possessione dubitatum*. Los reyes clientes eran considerados como parte del Imperio⁴². Las fuentes legales siguen esa misma tendencia a la ambigüedad al referirse a los límites del Imperio: *Dig.* L 15.1: *Est et Palmyrena civitas in provincia Phoenice prope barbaras gentes et nationes collocata*⁴³. Incluso Tácito llega a afirmar que los soldados de los campamentos del Rin ocupaban tierras abandonadas al otro lado del río (*Ann.* 13, 54.2: *agros que vacuos et militum usui sepositos*). Incluso se ha pensado que los romanos en el s. II permitieron a los pueblos germanos asentarse cerca de las líneas de los campamentos romanos, según las propias referencias taciteas (*Ann.* 13, 54: «los frisones [...] se aproximaron a nuestras fronteras. Sus guerreros venían por bosques y pantanos, ríos [...] y habían levantado casas, sembrado campos, teniendo aquellas tierras como su patria»⁴⁴, con lo que podemos decir que los ríos no eran concebidos como límite de la autoridad romana o de la actividad militar.

Para el gobierno romano era más importante controlar y organizar sus propias comunicaciones y tráfico comercial a través del *limes* y establecer contactos con otros pueblos fronterizos sin necesidad de prohibir sus movimientos, desarrollándose un proceso de interacción económica, social y cultural entre pueblos, más que establecer una frontera con fines militares. Con lo que la acción de estos pueblos indígenas asentados en esta zona influyó en la formación de esos límites fronterizos.

Esta visibilidad de las *gentes externae* aparece en algunos autores romanos como Floro. Aunque el tema estrella de su obra es el éxito del ecumenismo romano (*pref.* 2, 7; I 18.1; 47.1)⁴⁵, y considera que la historia del pueblo romano coincide con la de la humanidad (II 1.2, 2.3 *populus gentium victor orbisque possesor*), a pesar de ello, reconoce y es consciente de que pueblos extranjeros vivían más allá de los territorios que Roma dominaba directamente (II, 30, los germanos; II, 34, los partos), con lo que parece aceptar, al igual que otros autores, la existencia de dos espacios diferentes⁴⁶. Además considera positivamente que estas gentes estén fuera del dominio directo de Roma y defiende que no deben ampliarse los límites, en la misma línea de los consejos de Augusto a Tiberio. Sin embargo, en otros pasajes defiende de forma contradictoria el deseo ilusorio imperial de conquistar todo y conseguir un Imperio

42. WHITTAKER, C. R.: *Frontiers of the Roman Empire*. Baltimore, 1994; ID., «Where are the frontiers now?», en D. KENNEDY (ed.): *The Roman Army in the East*. Ann Arbor, 1996, pp. 25-42; JONES, G. D. B.: «Concept and development in the Roman Frontiers», *BRL*, 61, 1978, pp. 115-144; BRAUND, D. C.: *Roman and the Friendly King: The Character of the Client Kingship*. London-New York, 1984.

43. ISAAC, B.: *op. cit.*, pp. 397-398.

44. ISAAC, B.: *op. cit.*, p. 399, comentario.

45. *Populus Romanus ... ita late per orbem terrarum arma circumtulit, ut qui res illius legunt non unius populi, sed generis humani facta condiscant... Augusto totum orbem pacavit* Cfr. II 1.2, 2.3: el pueblo romano es calificado como *populus gentium victor orbisque possesor*.

46. WOOLF, G.: «World-Systems Analysis and the Roman Empire», *JRA*, 3 1990, pp. 44-58; WHITTAKER, C. R.: «Le frontiere imperiali», en *Storia di Roma*, *cit.*, vol. 3, pp. 369-425; LO CASCIO, E.: «Impero e confini nell'età di Principato», en *L'Ecumenismo politico*, *cit.*, pp. 333-348.

que no tenga límites, como es la declaración utópica que se expresa también en los *Panegíricos Latinos* del s. IV d.C., confundiendo realidad y deseo⁴⁷.

Tan sólo Trogo Pompeyo, inspirado quizás por Timágenes, habla específicamente y claramente del Imperio parto, como estado oriental que coexiste con el Imperio romano (*Justino XLI* 1.1: «Hoy está el poder de los partos en el Este, estando repartido el mundo, como lo estuvo antes, entre ellos y los romanos»), rompiendo así con la ambigüedad y el romano-centrismo de autores como Estrabón (XI 9.2, 515c; XVII 3.24-25, 840c contra VI 4.2228c), Floro y tantos otros, propagadores oficiales de la ideología oficial. Estas ambigüedades y doble discurso fue criticado por Tertuliano, que denunció el falso ecumenismo propagado por la propaganda romana (*Ad nat.* I 17.3: *Ita vero sit, cum ex vobis nationibus quotidie Caesares et Parthici et Medicis et Germani fiant. Hoc loco Romana gens viderit, in quibus indomitaet extraneae nationes*).

A este imperio universal, basado en el dominio del mundo, le corresponde una concepción del tiempo planteado y concebido en términos de «eternidad» del estado romano (Liv., 7.6), que rompa con la concepción biológica-cíclica del tiempo histórico republicano, soslayando la idea de decadencia pero también de progreso, y que se instale en el dominio del tiempo, de forma que al imperio universal le corresponde el imperio eterno. Augusto funda así la *aeternitas* de Roma tan bien expresada por boca de Júpiter, profeta del nacimiento de la nueva Roma y de su destino eterno, en el pasaje de la *Eneida* de Virgilio:

«Rómulo, saciado de la leche bajo el rubio manto de su nodriza la loba, prolongará la raza de Eneas, fundará la ciudad de Marte y llamará a los romanos por su nombre. No pongo límites ni a su poderío ni a su duración, les he dado un imperio ilimitado» (I,274-278).

Veleyo Patérculo se expresa de forma similar: *spem conceptam perpetuae securitatis aeternitatisque Romani imperii* (2,103), a propósito de la adopción de Tiberio por parte de Augusto. Más tarde Plinio el Viejo, de época flavia, aseguraba la eternidad a la *immensa Romanae pacis maiestas* (H.N. 27,3).

De esta forma, la *aeternitas* de Roma se convertirá en uno de los temas preferidos de la propaganda oficial y será un tema recurrente desde Augusto en adelante en todas las manifestaciones culturales, religiosas, iconográficas y constructivas. Precisamente será en época de Adriano, cuando nos encontremos con la más grandiosa expresión de este concepto representada en la magnífica construcción del templo de Venus en Roma, en la parte sur del Foro. Fue dedicado a conmemorar el aniversario de la fundación de la *Urbs*, asociando de manera novedosa la eternidad del emperador con la *aeternitas* de Roma e incorporándola a una nueva *aurea aetas*⁴⁸. De manera similar ocurre con algunas acuñaciones de la época cuya iconografía expresa estos conceptos. Así, Roma como capital del Imperio y centro del poder se convierte en «Ciudad Eterna», y así fue considerada en su época. Este siglo II d.C., es el siglo de la *felicitas imperii*, época de mayor apogeo del Imperio, regido por un emperador considerado como *cosmócrator*, y cuyo poder universal y divino se representa en la misma construcción del *Panteón* del Campo de Marte, edificio de gran significado ideológico y constructivo⁴⁹. Pero, al final, la *aeternitas imperii* resultaría otra ilusión, una utopía que no respondía a la realidad.

47. SCHEPHENS, G.: *op. cit.*, p. 131; NICOLET, CL.: «L'Empire romain: space, temps et politique», *Ktema*, 8, 1983, pp. 163-173; ID.: *L'inventaire du monde. Géographie et politique aux origines de l'Empire romain*. París, 1988.

48. LE GALL, J. y LE GLAY, M.: *L'Empire romain. Le Aut.-Empire de la bataille d'Actium à la mort de Sévère Alexandre (31 a.C.-235 apr. J.C.)*. París, 1987, pp. 14 y ss; LE GLAY, M.: *Grandeza y caída del Imperio Romano*. Madrid, 2002 (1.ª ed. 1992), pp. 136-142.

49. STIERLIN, H.: *Hadrien et l'architecture romaine*. París, 1984.

En otro orden de cosas, los elementos que explican y justifican estas contradicciones entre la realidad y el horizonte utópico son diversos y se relacionan tanto con un modo de propaganda y de un programa de acción política como con unas formas retóricas que exaltan el concepto de *oikouménē* de manera hiperbólica, exigencia propia de los tratados de la retórica al uso. Todo ello forma parte evidentemente de un substrato cultural más amplio propio del helenismo irisado con elementos inherentes a una monarquía con vocación universalista, ejercida a través de un proceso de asimilación/integración de pueblos —*gentes* o *nationes*— a las estructuras organizativas romanas. A esto se unía la creación de una red de relaciones entre ellos como nunca había existido anteriormente; y desde esta perspectiva, como afirma Aldo Schiavone⁵⁰, las clases dirigentes del imperio con el emperador como cabeza visible de la unificación política lograron construir la primera «economía-mundo» de nuestra historia, como consecuencia eficaz y exitosa de la romanización, pero también de una helenización que tuvo como logro la *koiné* cultural, aun con sus limitaciones⁵¹. En este modelo de economía mundial el emperador se erigía como artífice y regidor del mundo, imagen que se había construido por medio del *consensus universorum* establecido por Augusto y que con los Antoninos desembocará en el universalismo imperial tan bien explicado por autores de la época. Entre los habitantes del Imperio se desarrolla una conciencia clara de pertenencia a un estado frente a los pueblos del exterior. Lo que quedaba fuera no era importante, no existía, y por eso se pudo trasladar el eje de la línea divisoria griegos-romanos/bárbaros a romanos/no romanos⁵².

Posiblemente uno de los mejores intelectuales que supo reflejar estas ideas fue Elio Arístides, griego del s. II, nacido y educado en Misia, en Asia Menor, representante de la Segunda Sofística, en 144 d.C. pronunció en Roma, en el Ateneo, ante la corte imperial su discurso *Elogio de Roma*, que lo haría famoso para la posteridad y en el que expresa la grandiosidad del Imperio romano, la armonía de su administración, la sumisión de todos a la autoridad del emperador, garante del bienestar universal, y en el que Roma es visionada como una cosmópolis, y compara al Imperio con la *oikouménē*, como estado mundial altamente desarrollado, culturizado, próspero y homogéneo. Arístides era conocedor de la doctrina que circulaba entre sus coetáneos sobre la misión universal de Roma e intenta hacer un razonamiento sobre la misma al presentar la conquista romana y el Imperio como una obra de transformación completa del ambiente y de la vida social de todo el género humano. Es como una envoltura de naturaleza humanizada que produce placer a la vida de los hombres en aquellos aspectos en los que antes sólo tenían dificultades y rigores. La observación y reflexión de esta realidad impulsó al autor a dar su visión sobre ese destino que tenía encomendado Roma con el consenso divino para que fuese entendido por los propios protagonistas del mismo y estuviesen

50. *La storia spezzata. Roma antica e Occidente moderno*. Roma-Bari, 1996, p. 199.

51. WOOLF, G.: «Becoming Roman, Staying Greek; Culture, Identity and the Civilizing Process in the Roman East», *PCPhS*, 40, 1994, pp. 116-143; HIDALGO DE LA VEGA, M.ª J.: «La teoría monarchica e il culto imperiale» en *I Greci. Storia, cultura, arte, società*, vol. 2. III, SETTIS, S. et alii, (eds.), Roma-Bari, pp. 1.015-1.058; Id., «Identidad griega y poder romano en el Alto Imperio: Frontera en los espacios culturales e ideológicos», en *Fronteras e Identidad en el Mundo Griego Antiguo*, LÓPEZ BARJA, P. y REBORDA, S. (eds.): Universidad de Santiago y Universidad de Vigo, 2001, pp. 139-156.

52. SHEPENS, G.: *op. cit.*, p. 140; HIDALGO DE LA VEGA, M.ª J.: «Algunas reflexiones sobre los límites del ecumenismo en el Imperio Romano». *Gerión*, 23.1, 2005, pp. 271-285; EDWARDS, C.—WOOLF, G. (eds), *Rome The Cosmopolis*, Cambridge Univ. Press, Cambridge, 2003.

orgullosos de su misma historia. Pero será más expresivo dar la palabra al mismo Arístides, cuando escribe⁵³:

En este momento, los límites alcanzados por el Imperio en su estado actual son tales que es imposible medir el espacio que abarca... No hay nada que se os escape, ninguna ciudad, ninguna población, ningún puerto, ninguna región, menos quizás lo que os parecería carente de valor... Siendo tan grande y tan importante por su tamaño, el Imperio es aun mucho más grande por su perfección que por los territorios que comprende..., así toda la ecúmene unida canta con mayor perfección que un coro, rogando conjuntamente para que este Imperio perdure por toda la eternidad (28-30).

Posteriormente explica que gracias a la actuación de Roma se han producido cambios en las condiciones civiles y políticas a nivel mundial, debido a la difusión universal de un esquema de organización racional e uniforme, que conseguía integrar en el mismo a los conquistadores y a los conquistados:

Después de haber dividido en dos partes a todos aquellos que están en el Imperio —y al decir esto me refiero a toda la ecúmene—, por una parte a todo aquel que fuese muy elegante, linajudo y poderoso en cualquier parte, lo hicisteis ciudadano y vuestro congénere, mientras que el resto quedó como súbdito y gobernado... Todo está abierto para todos. Nadie que sea digno de una magistratura o de confianza es extranjero, sino que se estableció una democracia común a la tierra bajo el dominio de un solo hombre, el mejor gobernante y regidor: todos se reúnen aquí como si fuera en el ágora común, cada uno para procurarse lo debido. Lo que una ciudad es para sus propias fronteras, eso es esta ciudad para toda la ecúmene, como si se presentase como el núcleo urbano común a todo el territorio (59-61).

No obstante, no os habéis olvidado de las murallas, pero las trazasteis alrededor del Imperio y no de la ciudad. Y las levantasteis lo más lejos posible, espléndidas y dignas de vosotros... Más allá del círculo más exterior de la ecúmene, sencillamente como en la fortificación de una ciudad, tras trazar un segundo círculo muy bien curvado y muy fácil de guardar, allí habéis levantado murallas y habéis construido ciudades fronterizas (80-81)... El círculo mucho más grande y magnífico, es completamente infranqueable por todos los lugares e indestructible, eclipsando con rotundidad a todos (84).

El resultado de todo ello es un Imperio concebido como un espacio idílico en el que «las ciudades relucen con brillo y encanto, y toda la tierra está engalanada como un jardín», hasta el punto de que «aquellos que viven fuera de vuestra hegemonía, si es que hay alguien, sólo son merecedores de compasión por haber sido privados de tales bienes» (99).

Esta imagen expresaba una visión ideológica del Imperio romano como una *polis* rodeada de tierras y murallas, y representaba una idealización del espacio sagrado de la ciudad griega y fundado sobre límites artificiales, no tenía relación con la realidad estratégica imperial⁵⁴.

53. ELIO ARÍSTIDES, *Discursos*, vol. IV, Introducción, traducción de J. M. Cortés Copete, Madrid, Editorial Gredos, 1997.

54. VERNANT, J. P.: *Mito y pensamiento entre los griegos*, Madrid, 1965, pp. 97-181; ALLIES, P.: *L'invention du territoire*, Grenoble, 1980, pp. 42; NICOLET, CL.: «L'empire romaine...», *Ktema*, 8, 1983, pp. 163-173, esp. 171; ID.: *L'inventaire du monde... cit.*, WITTAKER: *op. cit.*, p. 28.

Además Arístides consideraba que si el Imperio tenía límites, habían sido establecidos libremente por los romanos y no impuestos por ningún otro estado, y además no eran límites fijos sino que cuando Roma quisiera podía atravesarlos igualmente (10). Así se elaboró una ideología en torno a lo que podemos llamar la «frontera» romana y sobre el derecho que asistía a este pueblo de controlar territorios y pueblos más allá de los *limites* formales.

En concreto, esta ideología, llamémosla, de frontera (Wittaker), ocultaba una realidad contemporánea a los autores en la que se ponía de manifiesto las dificultades de los últimos Antoninos para controlar los asuntos de política exterior en relación con los bárbaros, como antes hemos referido.

Las ambigüedades y contradicciones se expresan en las obras de estos y otros autores citados de forma continua. En la manera de percibir el espacio en relación con la dominación romana, se produce una alternancia en la propaganda ideológica entre el horizonte expansionista que los emperadores apoyaban para mayor gloria del imperio y como *propagatio imperii*, y la percepción de un imperio limitado y cerrado, según las propuestas de Apiano, Elio Arístides o Herodiano en el s. III que también se expresa de manera parecida⁵⁵.

Desde esta perspectiva, se puede afirmar que cuando el ejército romano realizaba una campaña militar los límites de esa actividad militar no se marcaban por medio de fronteras fijas o límites fijos, sino que se establecía un proceso en el que la interacción comercial, económica, social y cultural entre pueblos se hacía propicia, sin tener que cambiar los sitios de asentamiento de los mismos (Whittaker, p. 18). De esta forma, según Wittaker⁵⁶, se produciría una interacción fundamentalmente comercial y cultural entre los romanos y las elites indígenas, que desembocarían en una aculturación de los bárbaros «sin que se dieran cuenta»⁵⁷. Posiblemente el autor de la frase, el historiador Dión Casio, gobernador en la zona danubiana, trasladaba una realidad contemporánea suya a la época de Augusto, pero afirmaba que «los bárbaros se adaptaban al mundo romano», presentando así la ecumene romana como civilizadora y transformadora de la *immanitas barbariae*. Por eso, ante la falta de habilidades que, según el pensamiento romano, tenían los bárbaros, Dión Casio decía que Domiciano y Trajano debían de haber enseñado a los dacios las artes de la civilización.

La misión civilizadora parece que se hubiera cumplido, pero el proceso expansivo generaba unas consecuencias perversas para esa situación indefinida del modelo ecuménico. El abandono por parte de Adriano de ciertas conquistas de Trajano y posteriormente la actitud similar de Cómodo respecto de las campañas de su padre Marco Aurelio contra quados y marcomanos, ponían en evidencia la imposibilidad de proseguir con una expansión total. Además la propia difusión del ecumenismo producía entre sus posibles sometidos y súbditos un deseo de emularlo y de participar en él a todos los niveles y con todas las consecuencias. Llegó un momento en que los bárbaros reivindicaron un lugar en ese mundo civilizado que los autores romanos tanto elogiaban y propagaban como el mejor. Querían integrarse en ese sistema por caminos diversos y así lo hicieron. Situación que creaba tensión y conflicto entre los dos espacios que en momentos determinados fueron solucionados, por un lado, organizando guerras de exterminio contra los bárbaros, como sucedió con Marco Aurelio, y por otra parte,

55. Herod. 2, 11.5: «Fortificó también el imperio defendiendo sus fronteras con el caudal de los ríos, con los obstáculos de tajos y montes y con desiertos de tránsito dificultoso». Sobre estas cuestiones ver J. M. Cortés Copete, en este mismo volumen.

56. *Frontiers*, p. 99.

57. Dión Casio, 56, 18.2.

adoptando una política de acogida que permitía a los contingentes de los pueblos limítrofes establecerse en suelo del Imperio, como fue también el ejemplo de Marco Aurelio con los marcomanos. Además se regularizaron los pasos entre la frontera en condiciones determinadas y se realizaron repartos de tierras y levas para el ejército⁵⁸. Estas prácticas, que no dejaban de ser imperialistas en un cierto sentido y llevadas a cabo por necesidades de la propia dinámica interna, se justificaban ideológicamente por medio de las virtudes, especialmente la clemencia hacia el «enemigo externo» de un emperador como Marco Aurelio, considerado por la historiografía como uno de los mejores emperadores.

Sabemos que los últimos emperadores antoninos y los severos de época posterior fueron introduciéndolos a través de la «lealtad» (*devotio*, *kathosiosis*), y de su incorporación al ejército romano y repartiendo tierras entre ellos en zonas limítrofes al Imperio⁵⁹. Pero también la resistencia, la presión y la amenaza militar por parte del bárbaro fueron dinámicas que utilizaron para sus propios intereses hasta desembocar finalmente en las invasiones del s. III de forma simultánea, tanto de los persas durante la dinastía de los sasánidas y expresada en la victoria sobre el emperador Valeriano por parte de Sapor I, como de los bárbaros de Europa⁶⁰.

Por tanto, el panorama idílico y utópico que nos presentan en general las fuentes literarias ocultaba parte de una realidad mucho más compleja y contradictoria. Realidad en la que las revueltas internas, los conflictos sociales y sobre todo rebeliones de pueblos conquistados formaban una dinámica compleja y difícil para la consolidación del propio ecumenismo. Ante esta realidad más conflictiva y compleja de lo que nos presentan las fuentes, el gobierno romano a través de sus emperadores tiene que llevar a cabo unas prácticas políticas de integración y cohesión social, pero también de dominio político y exclusión.

Además, como hemos ido viendo a lo largo de la investigación, el ansiado ecumenismo romano siempre se movía en tensión en una relación entre el deseo de dominación universal y de duración *sine die*, y una realidad tozuda que las negaba. Las propias condiciones internas y los conflictos surgidos en las zonas fronterizas con los bárbaros que impedían un eficaz mantenimiento del orden y de protección en la zona, pusieron de manifiesto la crisis del Imperio que sería a su vez la crisis de la ecúmene como dominación universal⁶¹ y como proyecto eterno. El sueño de un imperio mundial y la ilusión de una Roma eterna produjeron tal ensimismamiento en las mentes romanas que posiblemente las dejaron inertes ante una compleja y dura realidad que no esperaban y no supieron enfrentarse a ella.

58. REMONDON, R., *La crisis del Imperio romano de Marco Aurelio a Anastasio*, Nueva Clío, Barcelona, 1967, pp. 220-221.

59. Posiblemente estas descripciones que aparecen en la HA formen parte de la ideología del s. IV donde la situación real de los bárbaros había cambiado y fueron adoptando la misma perspectiva de los romanos en cuanto a pasar «las fronteras» y límites romanos y extenderse más allá de los mismos en sentido inverso a la de los invasores romanos.

60. REMONDON, R.: *op. cit.*, p. 222.

61. REMONDON, R.: *op. cit.*, p. 221.